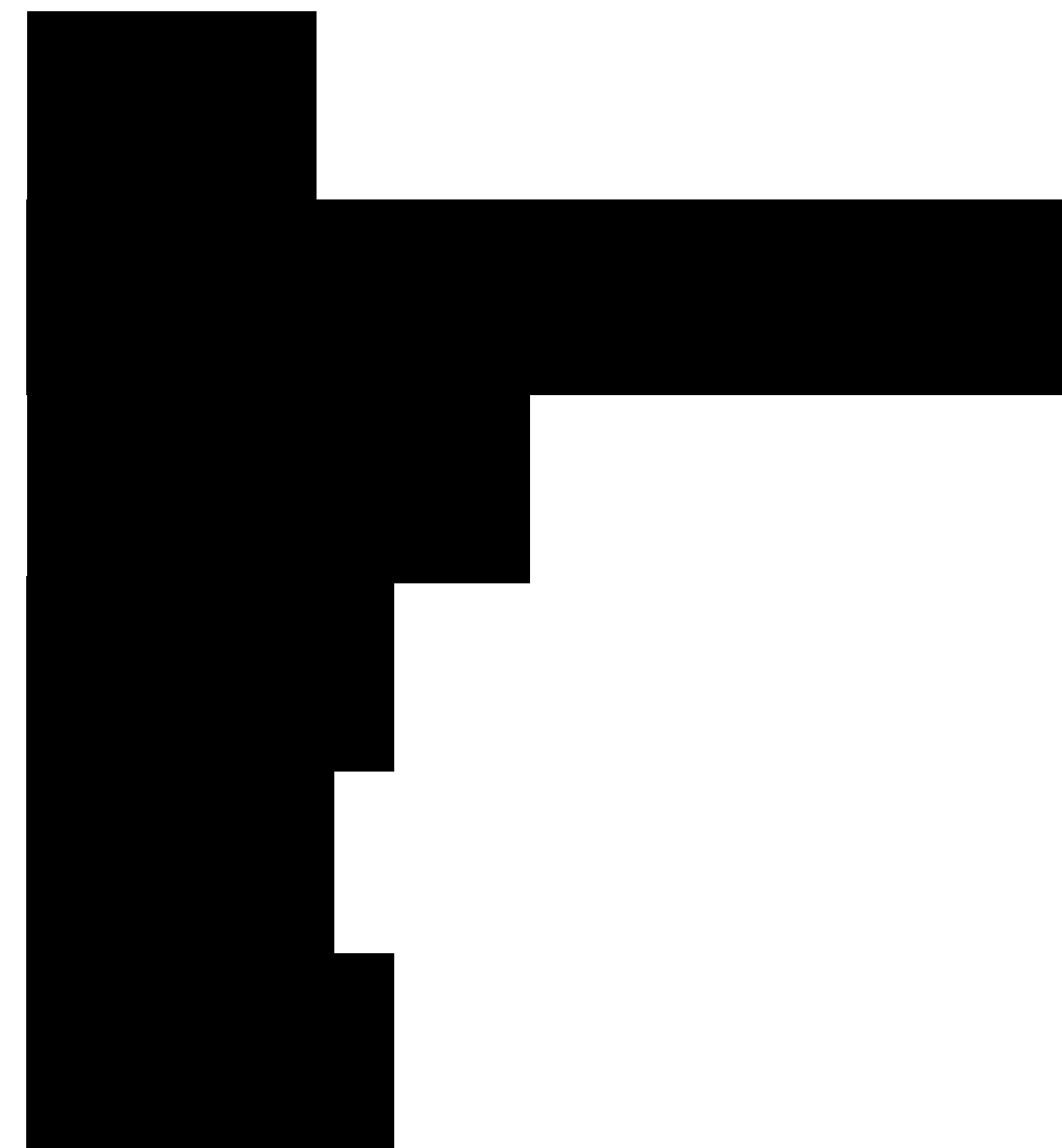


LA
HISTORIA
QUE
NO
SE
VE



JOSÉ MANUEL ALFARO
MANUEL LÓPEZ REY

NOTA DEL FOTÓGRAFO

Nota del fotógrafo

Desde siempre me ha interesado fotografiar espacios deshabitados, ruinas, objetos abandonados, escombros..., y trato de que mi cámara se acerque a todo esto con la intención de captar la historia que no se ve, porque yo mismo no puedo dejar de imaginarla. Estoy convencido de que la historia de mi imaginación configura a su vez la fotografía que realizo, enriqueciéndola. Lo mismo me ocurre con el retrato.

También estoy seguro de que esa posible historia es diferente para cada observador, o lo que es lo mismo, que se harán realidad tantas historias como observadores dispuestos a imaginar. Y es precisamente ese estímulo a la imaginación, a la fantasía, lo que fundamenta este trabajo.

Cuando reuní las primeras fotografías, algo me decía que era necesario dar un paso más si no quería prescindir de mi historia imaginada y de las de los demás. Le conté el proyecto al escritor Manuel López Rey, y a partir de entonces trabajamos juntos en esta propuesta; él escribiría un cuento por cada fotografía, y el texto se presentaría junto a la imagen que lo inspiró.

Y así está aquí La historia que no se ve, donde se aúnan fotografía y literatura; donde es preciso mirar y leer.

José Manuel Alfaro
Fotógrafo

NOTA DEL ESCRITOR

Han sido muchos los intentos por definir el cuento como género literario y sin duda todos han sido en algún sentido provechosos. A mi no me interesan las definiciones más allá del conocimiento que pudieran conllevar. Y menos aún en este tiempo en el que las obras literarias han roto todos los límites de género y nacen como híbridos, como amalgama; cuando la acción creativa se entiende y es aceptada como el resultado de la puesta en marcha de la máquina del pensamiento, como si de una hormigonera se tratara, donde todo cabe y lo que importa es la materia resultante, sus cualidades físicas y químicas, su comportamiento, que seguirá dependiente de la esencia indestructible de cada elemento integrador. De ahí mi interés por el ensayo como propuesta, sabiendo que el resultado depende más del receptor, de su mirada, que del antiguo concepto de espíritu creador.

Por eso, cuando José Manuel Alfaro me habló de este proyecto, no dudé en recorrer a su lado el camino, mejor aún, al lado de su obra como fotógrafo.

Para mí, La historia que no se ve supone trabajar sobre el aspecto literario que conlleva la fotografía como instantánea de una realidad más compleja. Y la aventura creadora es aquí, de nuevo y como siempre, la mirada del escritor que ha de permitirle imaginar la historia que fue o que está siendo en cada una de estas imágenes, para narrarla.

Historias con vocación de alternativa, que dibujan una manera de ver cada fotografía sin intención excluyente; más como acicate de la imaginación de los otros para que, con la inmediatez que supone la contemplación de estas obras, se dispongan a crear su propia historia.

Nuestra aventura ha llegado hasta aquí. Ahora comienza la vuestra.

Manuel López Rey
Escritor

INTRODUCCIÓN

Este ebook supone la primera publicación online del proyecto *La historia que no se ve*, del que son autores el fotógrafo José Manuel Alfaro y el escritor Manuel López Rey.

Tanto la calidad de las imágenes como la puesta en texto, sufren aquí de las limitaciones que impone la interfaz utilizada, y su presentación poco se parece a la que contempla el diseño de la futura edición en papel. Mientras tanto, los comentarios, los seguidores, y sus posibles aportaciones, servirán de estímulo a los autores para continuar juntos esta travesía.

Los derechos de las imágenes derivados de su autoría, así como los de propiedad intelectual de los escritos, son propiedad exclusiva de sus autores, sin cuyo consentimiento expreso no podrán ser utilizados por terceros con fines comerciales ni insertados en otras publicaciones de la Red, y solo podrán ser compartidos en redes sociales y en otros portales y páginas de Internet.

Sean todos bienvenidos y disfruten conociendo y mirando *La historia que no se ve*.



01. LA ALEGRÍA DEL PASTOR

España, 1947. Una mujer corrió la voz. Necesitaban un pastor. Vicente se presentó ante ella. Tenía entonces 16 años, trabajados. ¿Tú vas a ser el pastor de mi ganado? Sí señora, si usted lo quiere. ¿Conoces el oficio? Sí señora. ¿De dónde eres? De al lado, del pueblo de al lado. Está bien, te pagaré cinco pesetas. No señora, quiero siete, por menos me quedo en casa, ayudando. Lo que pides es mucho. Usted decide. Si al finalizar el mes me he ganado siete pesetas, usted las paga; si no, cobraré cinco y me iré. De acuerdo, dijo la señora. Luego lo acompañó a los corrales. Allí estaban las ovejas de la señora. Antes de que ella hablara, Vicente dijo: Está bien, yo me ocupo, señora. Y comenzó a hacer su trabajo.

No había pasado una semana cuando a los señores les pidieron tres corderos, y el señor comentó que llamaría al carnicero para que los sacrificara.

-¿Qué falta hace el carnicero? Yo soy el pastor.

-Tú destrozarás el mondongo, y el animal se echará a perder.

-¿Por qué cree eso? Yo sé hacerlo.

Vicente sacrificó y abrió en canal los cuerpos colgados de los tres corderos. Acertando.

Ya desde el primer día, la señora le servía almuerzos y cenas que él ni soñaba. Pan del que no había, blanco como el alba; huevos, chorizo, carne estofada. Cómo cocinaba la señora. Y limpia como los chorros del oro. Así la recuerda. Si se me caía al suelo el tenedor, inmediatamente lo recogía la señora, lo lavaba en el agua, lo secaba cuidadosa, y me lo devolvía. Como los chorros del oro. Buena, muy buena y muy limpia la recuerda.

Antes del día treinta de aquel marzo de 1947, Vicente necesitaba cobrar. En casa estaban necesitados. La señora, tan buena y tan limpia, se le adelantó: aquí tienes tu jornal. Y le puso en las manos siete pesetas.



02. LA FÁBRICA DE YESO

Cuando oyó el ruido del motor del camión, que aparcaba, cerró el libro y se levantó de la butaca. Apartó con las manos las cortinas del balcón y lo miró cruzar la calle. Se dio cuenta de que esta vez también venía directo desde la fábrica: las motas más finas del yeso le cubrían la cara. Y también esta vez se alegró: le gustaba mirarle a los ojos, que así sin lavarse parecen más negros. Y besarle en la boca, donde ahora los labios eran más húmedos y rojos. Notó que se estaba excitando, y más al pensar cómo las gotas de sudor le harían surcos bronceados en la piel blanqueada de la cara. Se acercó a la puerta para abrirla y oír mejor los pasos de aquellos pies que ya adoraba y que subían de dos en dos, de tres en tres, los peldaños de la escalera hasta la casa.

No les dio tiempo a mirarse y ya estaban abrazados; pegados cuerpo a cuerpo, cuando él supo que esta noche su amante no le dejaría ducharse hasta después de hacerle el amor.



03. COLUMPIOS EN EL JARDÍN.

En la primera foto que le mostraron se veía una parte del pequeño jardín de la casa. Le dejaron que la mirara detenidamente, como habrían de hacer con las siguientes fotografías que habían seleccionado para esta sesión. Lucas la observó sin inmutarse; luego colocó las manos sobre la mesa y la cogió para acercársela más a los ojos; fue entonces cuando en su cara se pudo vislumbrar un tenue reflejo de nostalgia.

Le gustaba la sensación de ingravidez y libertad que sentía al columpiarse y que ahora recordaba. Le gustaba sobre todo mirar las punteras de sus zapatos cuando se encontraban en el punto más alto, por encima de los árboles, con el cielo de fondo.

Ángela, su hermana pequeña, se columpiaba a su lado tratando de alcanzar la misma altura, y el mismo vértigo. Lo único que le molestaba es que ella no paraba de reír.

Le retiraron la foto. Le mostraron ahora una del cuerpo de su padre, muerto. Varios impactos de bala en el pecho y uno en la frente destacan rojos sobre el pijama blanco que vestía. Lucas lo mira detenidamente. Nada en su cara revela algo.

A continuación le muestran la fotografía del cadáver de su madre que la policía hizo minutos después de haber sido tiroteada; casi se perciben los últimos latidos de su cuerpo, el borboteo de la sangre.

Por último, colocan sobre la mesa una ampliación de la fotografía de su hermana pequeña. Ángela está mirando a la cámara, asustada, con el camisoncito empapado de sangre.

Nada.

Finalizada la sesión, los psiquiatras forenses recogen las fotografía y abandonan la sala. El funcionario encargado lo lleva de vuelta a la celda donde Lucas cumple condena por asesinar a su familia el 7 de marzo de 1987.



04. EL TRAMPOLÍN

Mi apariencia es la de un tipo enclenque. Siempre ha sido así, aunque en realidad he gozado de una estupenda salud e incluso me atrevo a asegurar que nadie me ha considerado un hombre débil en ningún sentido. Pero en aquellos años de mi adolescencia era, para todos, simplemente un enclenque. Hasta mi madre me lo repetía. Por eso sé que nunca hubiera conseguido que Ana se fijara en mí de no ser por el trampolín.

Papá mantuvo el secreto hasta el final; nadie en la casa supo qué le mantenía tantas horas en el garaje durante las últimas semanas. Tampoco por qué había hecho esos cuatro agujeros tan profundos a un lado de la piscina. Aprovechó nuestro viaje al pueblo para terminar su obra. Más tarde caí en la cuenta de que a mamá sí se lo había contado todo, de lo contrario la hubiéramos oído protestar porque él no quisiera acompañarnos a casa de la abuela. Volvimos el domingo, cuando el sol ya se había puesto y el viento de abril movía las copas de los árboles que rodeaban la casa, por eso nos fuimos a la cama sin saber nada de la nueva instalación.

El lunes, cuando mi hermana y yo llegamos del instituto, el viento había amainado y lucía un espléndido sol de primavera. Mamá había montado la mesa en el jardín para que comiéramos afuera, como si quisiera alargar nuestra estancia en el pueblo, y además se la veía contenta, pero ni mi hermana ni yo nos dimos cuenta de lo que papá había hecho. Y cuando mamá se levantó de la mesa para traer el arroz con leche y canela que había preparado de postre, alcé la mirada, y hasta tuve que entornar los ojos para asegurarme de lo que estaba viendo: allí, junto a la piscina, estaba el trampolín, que brillaba de limpio y nuevo.

No había pasado una semana y ya dominaba a la perfección una tanda de figuras que yo mismo me había inventado; controlaba al milímetro la elasticidad de la tabla y era capaz de elevarme en el aire hasta casi tres veces mi estatura. Claro que para conseguirlo me había pasado horas y horas al sol, por lo que aquel verano estaba más moreno y mis músculos, que nunca se desarrollaron, al menos se habían definido tan notablemente que mi aspecto nadie diría que era exactamente el de un chico enclenque.

Por eso, en la fiesta de cumpleaños de mi hermana, me atreví a exhibirme encima del trampolín. Hasta que noté cómo se fijó en mí la mirada más azul, más dulce y más maravillosa de la chica más guapa del instituto.

Ahora encuentro la misma dulzura en los ojos de nuestra hija, iguales a los de su madre. Hemos decidido que vamos a pedir que nos instalen un pequeño trampolín en la piscina.



05. EL MONASTERIO

Cuando descolgué la mochila de los hombros anocheecía y me llegó de repente un enorme cansancio. Llevaba desde mediodía caminando, siempre cuesta arriba, con la mirada fija en el sendero, encorvada. La pendiente a veces era tanta que tenía que ayudarme con las manos. También noté ahora cómo me dolían.

Si hubiera podido elegir, nunca me habría quedado en un sitio como este por la noche; hay algo en el silencio que me asusta. Pero a esta altitud baja bastante la temperatura y no me vendrá mal dormir bajo techo.

Tengo hambre. Pero no creo que pueda ponerme ahora a sacar algo para cenar. La cantimplora está vacía. Me bebí toda el agua que quedaba cuando llegué. Mañana lo primero que hay que hacer es buscar dónde llenarla. Tiene que haber alguna fuente o algún pozo. Los monjes siempre supieron elegir los mejores sitios para edificar sus conventos. Hasta dicen que son lugares con una energía especial, que se cruzan aquí no sé que líneas magnéticas bajo tierra. De lo que estoy segura es de que al amanecer veré un paisaje asombroso, con el río allá abajo marcando el valle. Y los árboles desde arriba. Me encanta ver los árboles desde arriba.

No supo en qué momento se quedó dormida.

Ahora notaba cómo unas manos le desabrochaban la camisa y le acariciaban los pechos y el cuello, lentas. Se hubiera despertado de no ser por el cansancio tan grande, y por la suavidad extrema de aquellas manos que ya la habían dejado desnuda y acariciaban sus piernas. Notó también unos labios perfumados que rozaron los suyos. Luego, y no supo por qué, notó que el cuerpo echado sobre el de ella no le pesaba y quiso abrazarlo. No se dio cuenta de que estaba excitada, más excitada que nunca, ni de que estaba deseando con toda su alma aquel cuerpo que no conocía, cuando sintió cómo la penetraban con infinita dulzura. Alcanzó un estado de gloria que no hubiera soñado. Fue entonces cuando sus manos recorrieron la espalda del cuerpo tan liviano que ya amaba y descubrió que estaba acariciando unas enormes alas de plumas largas y suaves que desprendían una fragancia de agua, como el perfume de las fuentes.

Cuando con la primera luz del alba abrió los ojos, el ángel se había ido.



06. ESTACIÓN DE JHANSI

¡Vamos...! Daros prisa. Tenemos que irnos, dijo la madre.
Yo no me quiero ir, dice Nimai.

Nimai tiene once años y está enamorado.



07. LOS COLORES DEL AGUA

A Gonzalo Torné, por su amor a los colores.

Podían haberme venido a la mente otros recuerdos, pero no sé por qué este ha permanecido siempre intacto y luminoso.

El abuelo fue un hombre callado, pero alegre y cariñoso conmigo. Le encontraba en su único nieto sentido al futuro. Hasta dicen que sus huesos y su ánimo recuperaron la juventud perdida, así, de repente, cuando cesaron los gritos de mi madre y pudo oír claramente a la comadrona decir: ¡Aquí está su hijo! ¡Rubio como su padre!

Desde entonces el abuelo dedicó todo su tiempo a mi crianza; a esa parte que no es la comida, el sueño o el vestir. Jugaba conmigo todos los días. Cuando se cansaba, me alzaba hasta lo más alto del muro para sentarme a su lado y me contaba cuentos despacio, como si buscara las palabras removiendo en la memoria porque eran historias verdaderas.

Y me contó la de mis padres y la de casi toda la familia; historias de la aldea y de otros lugares lejanos a donde el abuelo había ido de joven.

Pero con lo que más disfrutaba era con las historias de pesca, como la que hablaba de cuando estuvo más de tres años esperando cada día a que picara en su anzuelo la trucha más vieja de la poza verde del río.

Había pescado toda su vida y sabía del tiempo y de cómo el sol y la luna marcaban las horas mejores. Cuando contaba de pesca, yo me quedaba inmóvil y atento, allí sentados, que de tan inmóvil y tan juntos podía oír cómo su respiración se acompañaba con los murmullos de río.

Llevaba siempre el abuelo un pañuelo muy grande que sacaba del bolsillo para secarse la cara. En primavera el pañuelo era de un verde luminoso casi amarillo como algunos limones. En invierno, marrón oscuro entre grises y negros, como la lluvia. Y durante el otoño llevaba uno aún más grande que sigue guardado en el baúl del portal, de cuadritos amarillos casi dorados, de los marrones del cobre y de un azul vahído, como los reflejos del agua. Cuando le pregunté a mi madre por qué el abuelo tenía tantos pañuelos me dijo que se lo preguntara a él. Me aseguró que los colores son muy importantes y que las truchas ven los colores de las cosas, que por eso saben a qué altura del río se encuentran; saben por los colores cuándo las orillas son pradera y campo de cigarras saltarinas. O cuando son monte cerrado, lleno de moscas y mariposas marrones. Por eso las truchas no se perdían en el río, me decía, porque conocen los colores de las cosas.

Tuve que hacerme mayor para comprender lo que el abuelo me contaba sobre las estaciones del año, los pañuelos y el mirar de las truchas.

Algunas tardes, después de pescar, nos sentábamos juntos en la punta del embarcadero, con las piernas colgando sobre el agua, para escuchar sus asombrosas historias. Cuando alguna trucha se acercaba tranquila hasta quedar casi debajo de nuestros pies, enarbolaba el pañuelo en el aire para que yo aprendiera lo de los colores y lo de los ojos de las truchas.

–Ves... –me decía–, no se ha asustado; eso es por el color del pañuelo, igual al de los árboles de las orillas del río.



08. ANTES DE LA TORMENTA

--¡Oh, qué maravilla...!
--¿Qué es una maravilla?
--Este olor... Este olor a recién cortada es delicioso.
--Sí, ciertamente lo es. Pero todo se estropeará si no la cubren... Va a llover... Luego mojada ya no es lo mismo.
--La taparán, no te inquietes. O la llevarán a los establos... Verás que la llevan.
--No sé ¿No te has fijado en lo cansados que están? La dejarán aquí hasta mañana. Lloverá y se echará a perder... Como el año pasado ¿Recuerdas?
--No seas tan negativo... Espera y verás que la cubren. Ellos no quieren que ocurra eso..., y la cuidarán...
--No estoy yo tan seguro.
--Pero, ¿qué te pasa? ¿No puedes disfrutar de este momento divino, de este olor que alegra el alma? Siempre te pones en lo peor... No sé cómo te aguanto.
--A mí no me digas nada. Yo no seré responsable de que todo acabe siendo un desastre. Son ellos los que tenían que saberlo...
--¿Saber qué...?
--Pues eso..., que lloverá, se mojará, y otro invierno de incomodidades... Y ese olor continuo en la cama... A moho. Nunca lo he soportado. A mí no me había pasado antes.
--¿Qué estás queriendo decir? Eh, dime... ¿qué estás queriendo decir? ¿Que yo no soy tan exquisita como tú? ¿Que mi familia ha sido inferior a la tuya, menos noble...?
--No empecemos otra vez con eso... Sabes muy bien que yo no estoy acostumbrado a esta mediocridad...
--No, claro. El señor es tan fino que nada de lo que hay aquí le alcanza. Pues no sé a qué esperas para largarte... Vuelve a tus lujos, a tu maravillosa cama que se cambia a diario, a tus delicatessen a la hora de comer, a los mimos y ñoñerías con las que te han criado... ¿A qué esperas, eh? ¿A qué esperas para largarte...?
--No sé por qué te pones así... Yo solo digo que la paja mojada no vale nada... que nos hará daño...
--¿Y yo sabes lo que te digo...? Que me dejes disfrutar de este momento... Para mí es uno de los mejores del año... y no quiero que lo estropees con tus tonterías de siempre...
--Está bien..., está bien... Perdóname...

--¿Sabes...? Estás preciosa...
--¡...Ah! ¿...Sí?...
--...Esta luz te sienta bien... ¡Mira qué brillo en tu pelo...!
--Gracias..., pero ya lo sabía... Siempre han dicho que tengo el pelo más sedoso del mundo...
--Por eso te quiero...
--No digas tonterías...
--Vámonos... Te echo una carrera...
--De eso nada..., demos un paseo... Esta semana no me han arreglado los cascos.



09. MILLONES DE AÑOS

Entonces algo dentro de ti te obligará a moverte en la playa de piedra, junto al mar donde gigantes blancos juegan antes de comenzar la danza en sangre más violenta que hayas visto; cientos de peces blancos asesinados descuartizados, devorados por cientos de peces blancos ensangrentados en el combate que ha de ser para siempre impetuoso. Y por primera vez de tu garganta el grito no de dolor, no de hambre, no de miedo al ataque de las bestias que te esperan, inmóviles, en la oscuridad de la selva a donde has de regresar; donde gritarás imitando al pájaro que no serás; al bramido valiente del astado victorioso, el mismo que sucumbe al salto del león y al que te acercarás en busca de restos devorables; gritarás hasta caer rendida de impaciencia a esta orilla del bosque, lavándote de hojas muertas y hongos hambrientos que te cubrirán mientras vivas encaramada en el árbol; gritarás el pánico en tus entrañas de cuando tiembla la tierra cuando cruces el llano hasta encontrarte, en cuatro patas, en la cueva donde caerás dormida sin haberte incorporado.

Te despertarán los temblores de la tierra.

La cueva no servirá para esconderte.

Bajo el nuevo cielo seguirá alimentándose el pánico en tus entrañas y volverás huyendo al fondo del precipicio del color de la sangre, junto al mar, para detenerte acucillada ante el asombro que te hará sentir la necesidad que desconoces desde siempre y que crearás no volver a recordar cuando, al fin, de tu garganta brote por primera vez el grito no necesario. Y te yergas.

[...]

La bruma alcanzó la costa antes de que la ingeniera jefe en la estación costera de la zona marítima A2 con coordenadas 29° 08' N 013° 130' W perteneciente a la Red de Estaciones Costeras del servicio móvil marítimo para la seguridad de la vida humana en el mar, acabara su turno.

Aun así, se fue a casa tranquila, sabiendo que durante aquella jornada nadie que estuviera a un máximo de 250 millas náuticas había enviado llamadas de socorro por las frecuencias 2.182 Khz en telefonía ni por la 2.187,5 Khz en Llamada Selectiva Digital, y que le quedaría tiempo para llevar a los niños al parque.



10 ESCENA EN BLANCO Y NEGRO

Desde siempre, Jamíl no se separa de su hermano. Si quisiera, podría recordar cómo con cuatro años ya lo acompañaba a la playa y le ayudaba a pescar, hasta el día que aquellas gaviotas los atacaron y a él lo dejaron lleno de miedo al mar.

Desde entonces, algunas noches se despierta frío y sudado, con sabor a sal y a pescado crudo en la garganta, paralizado por el grito de las gaviotas que atacan su sueño, como en una obstinada pesadilla.

Pero ahora ha vuelto. Ha sido capaz de reunir la fuerza que creía perdida. Además, la confianza en su hermano mayor continúa intacta, y el amor que siente por él crece cada día. Jamíl no olvidará nunca la ternura y compasión con las que Mashal lo cuidó durante toda la travesía, cantándole casi al oído en las noches para que pudiera olvidarse del mar oscuro casi negro que los rodea por todas partes y que no cesa de golpear en las tablas del fondo de la patera que crujen y dormir en su abrazo. De no ser por él no hubieran podido estar nunca a este lado ni ahora en esta orilla desde la que sabe que si se subiera a lo alto de la cima más alta podría ver la costa de su tierra y hasta puede que llegara a divisar las casas más cercanas a la playa de su aldea. Pero no va a hacerlo. En adelante serán otras, estas, las gaviotas que perturben su sueño; aquellas de su infancia se quedarán calladas para siempre en lo más inalcanzable del recuerdo.



11. FELICES SUEÑOS, VIDA MÍA

María no podía creérselo.

No comprendía cómo su hijo, tan guapo y tan alegre, había desaparecido de repente y para siempre, llevándose la luz de la casa. Por eso desde entonces reza por él todas las noches, de rodillas junto a la cuna vacía, entre las paredes de piedras negras del cuarto donde se ha quedado prendido el olor del bebé.

Y cada día, en cuanto el alba ilumina el horizonte, acude al cementerio y se queda allí, parada, para mirarlo; dicen algunos que no deja de hablarle y que hasta la han visto sonreír y agitar en la mano un sonajero pequeño de cascabeles azules. Al anochecer, antes de que caiga la noche, vuelve María a quedarse frente al nicho y canta bajito una nana que le sale de los labios rota y dulce, para que duerma tranquilo su niño, como queriendo acabar de criarlo.

Lo que María no sabe es que los ángeles no necesitan de nada, porque es como si estuvieran muertos.



12. LO QUE EL MAR NO DEVUELVE

De repente, un golpe fuerte, como el estruendo de un cañonazo, derribó la puerta.

–¡Vamos, arriba! ¡Subid arriba!

–¡La abuela, por Dios! ¡...la abuela!

–Ya me ocupo yo ¡Subid arriba!

Enseguida, la tromba de agua sucia que entra invade cada rincón de la casa, como una lengua inmensa que golpea las paredes y los muebles de la planta baja; viene cargada de arena y limo, de pájaros muertos, de troncos y ramas. Él corre hasta la cocina, donde la abuela está de pie, paralizada, con las manos en la cara tapándole la boca, impidiendo el grito que brilla en sus ojos, abiertos como charcos donde se refleja el desastre. Él la coge con firmeza para sacarla de allí y ayudarle a subir a la planta de arriba, donde están los cuartos.

°¡Vamos, madre! ¡Agárrese a mí! ¡Agárrese fuerte! °y suben los dos la escalera, dejando abajo un pantano de lodo que todo lo mueve y donde ya nada es lo que era.

Arriba, las niñas están asustadas, agarradas entre sí y a la falda de su madre, pegadas a sus piernas, que tiemblan. Las tres buscan con las suyas la mirada de él, preguntándole. Él no puede mirarlas y se acerca al balcón. Afuera a penas se ve nada; las farolas de la calle se han apagado y ni por las ventanas de las casas ni por las puertas abiertas como bocas negras sale luz alguna. El ruido es insoportable, como un bramido que todo lo invade, donde el sonido de los cristales que se rompen y el de los tejados que se levantan destrozados por el viento parecen lejanos.

Cuando amaina, un helicóptero sobrevuela la zona. Lleva encendido un foco grande de luz blanquísima que se mueve en el aire como un bastón gigante que tantea la noche. Es entonces cuando a él le parece haber visto la figura de un hombre que se debate arrastrado por la corriente. No le ha dado tiempo de reconocerlo, y prefiere que haya sido así.

La abuela se aproxima a su hijo por la espalda, sin llegar a rozarlo, y sus ojos contemplan atónitos lo que no puede creerse. Cuando el haz de luz recorre la fachada, el cuarto se ilumina un instante y las figuras de los cinco, quietos y fríos, parecen de mármol. De la casa salen muebles y enseres, atropellados en un vómito oscuro que no cesa; es entonces cuando la abuela reconoce la silla de madera, que flota y se aleja, quebrada, hacia el mar. Se la hizo su marido para regalárse-la cuando aún no estaban casados, y en ella ha pasado media vida, sentada a la puerta, cosiendo a mano la ropa de todos.



13. HERMANOS

Los padres, Gregorio y Juliana, tuvieron seis hijos que crecieron en Covarrubias, también llamada Cuna de Castilla; pequeña villa de la Comarca de Arlanza (Burgos, España), asentada junto al río del mismo nombre, en un valle protegido de los vientos del Norte, dando origen a un microclima propicio para el cultivo de cerezos, nogales y vid; cuenta con una población de 627 habitantes (según el padrón municipal de 2011).

Allí vivieron los seis hijos del matrimonio: Eugenio, Justa y Miguel, ya fallecidos, y Honorata, Braulio y Esteban, que continúan trabajando la huerta y las viñas; haciendo vino y criando corderos.

En agosto de 2012 fallece Eugenio, el hermano mayor.

Al día siguiente, en la bodega de la casa, José Manuel Alfaro toma esta fotografía en la que aparecen Esteban (izquierda) y Braulio (derecha)].

Esteban y Braulio son hermanos. Se parecen como dos gotas de agua, y es que donde son iguales es por dentro.

Se han pasado la vida junto a Eugenio, el hermano mayor, y Honorata, la pequeña; los cuatro saben de la madrugada y de las noches al raso, pastoreando las ovejas de la casa. Conocen el monte como las palmas de sus manos, que se han ido asilvestrando como el brezo que tapiza las laderas donde a veces aún juegan con corderos blanquísimos que corretean en sus sueños. Y en sus brazos se han marcado las venas, retorcidas y duras como el sarmiento de las viñas que cultivan desde hace tanto que no recuerdan ya cuándo comenzaron a hacer vino, que les sigue saliendo tan brillante, oscuro y sabroso que se pasan los días bebiendo cereza.

Los tres hermanos varones quedaron solteros; las mozas en sus vidas no consiguieron quitarles del trabajo de la tierra que siguen haciendo dispuestos y alegres, como en una vendimia eterna que no culmina.

[...]

Ayer, cuando el sol agostaba la huerta, llevaron a hombros hasta el cementerio a su hermano muerto. Lo acompañaron tranquilos, cansados de tanta vida; tristes por el mayor que se ha ido y les ha dejado tan solos.

Esteban y Braulio están ahora en la bodega de la casa, dóciles ante la cámara, como se pasaron la vida entera, e indecisos, porque hoy no saben de qué vino tomar.



14. IMPROBABLE

Si aclara el cielo,
en el espejo del agua
de noche se deja
pescar la luna.



05. ESCONDIDO

Así no se pueden pasar las noches de toda una vida, me dije, intentando dormir un rato, para apaciguarme, hasta que el sueño se me iba del todo. Casi eran mejor cuando oía el aviso, tres golpes seguidos en el portón trasero del patio, que retumbaban en toda la casa. Porque los que sabían de mí me avisaban en cuanto llegaba al pueblo un extraño, aunque no fueran los Civiles. Entonces, saltaba de la cama sin pensarlo, cogía el atillo y la escopeta y subía al monte a esconderme, hasta que en los tendales de La Parraguesa dejaban una sábana blanca, como señal, oreándose. Solo después de avistarla tres días seguidos, bajaba y entraba en la casa, que se me fue haciendo cada vez más grande y oscura, y donde nunca pude mantener animales, por las escapadas, y se pudría todo en la huerta y, si cuadraba, se pasaban las cerezas en la cereixeira sin que pudiera yo subir a recogerlas. Y esto no fue un año, ni dos. Esto duró toda la vida.

Y eso que yo no he hecho nada malo. Yo no la tiré al pozo; a la niña, ni la toqué siquiera. Lo saben bien quienes me conocen, que no la toqué siquiera. Pero el amo me acusó en seguida, con tanto empeño, que casi el pueblo entero salió en busca mía con escopetas, hazadas y perros, cuando hasta la abuela de la pobre niña me dijo que huyera, que me fuera a vivir lejos de la hacienda, y que anduviera atento, que la persecución no iba a terminar nunca. Porque ella sabía bien lo que pasaba, y que al amo nadie se le enfrentaría.

Desde que decidí no volver a la casa va todo mejor; y bajo esta cúpula verde que no abandona la niebla ni en la hora punta del día, he encontrado el sosiego. Además, sé que a cierta distancia, esta reunión de árboles viejos entre los que me escondo, impresiona; ni a los lobos he visto acercarse, les asusta el eterno murmullo que se traen, el eco de tantas palabras cortadas, que rebotan y se deshacen en esta maraña de raíces, y al que yo me he ido acostumbrando poco a poco, ahora que estoy tan solo, sin nada que cuidar más que la vida.



16. JUBILADO

Se acerca hasta aquí cada mañana, en un paseo tranquilo por esta tierra que tanto ama, hasta que divisa la fábrica. Entonces se detiene y la observa desde lejos, como si la estuviera espiando. Podría mirar hacia otro lado y ver muchas otras cosas, pero sus ojos se fijan en las columnas de humo que ascienden desde las altas chimeneas de los hornos de fundición, que lo hipnotizan. No le resulta difícil imaginar el resto; sabe lo que está ocurriendo dentro, hasta siente el mismo calor y el sabor metálico en el cielo de la boca y vuelve a maravillarle el río incandescente del mineral fundido. Y es que en esta siderúrgica ha trabajado desde joven, desde antes de casarse con Adela, incluso desde antes de conocerla. Y luego, toda la vida.

A fuerza de trabajo y de horas, ha sacado la familia adelante. Tiene cuatro hijos varones que ya vuelan solos; que ya han volado hace tiempo y solo vienen tres o cuatro veces al año. Y se alegra; se alegra por ellos, que cree que son más listos que él porque tienen estudios y mejores trabajos que el que él ha tenido. Sí, se alegra por ellos; pero ahora que se ha jubilado y está aquí, de pie, mirando la fábrica, no entiende nada.

Retoma el paseo de vuelta. Adela ya tendrá la mesa puesta y estará esperándolo. Sonríe para dentro mientras pasan por su mente cientos de imágenes, de recuerdos, de niños corriendo, de olor a repollo, y se mira las manos y ve que tiene las uñas blancas. Lo que hubiera dado por tenerlas así cuando acarició la cara de Adela después del primer beso; entonces las tenía ya negras, y también por fuera, por los bordes, siempre negras, como habría de verlas toda su vida; con ese olor a grasa y acero al que estaba acostumbrado porque de las manos no se le iba nunca. Se detiene un momento y gira la cabeza; echa otro vistazo a las chimeneas y juraría que antes, cuando él trabajaba, echaban más humo.



17. EL MEJOR BANCO DEL MUNDO

De pequeña le gustaba caminar junto a su padre. Los domingos la llevaba por el campo, hasta el acantilado, y se sentaban juntos a mirar el mar. Entonces, en silencio, ella imaginaba historias de sirenas y de marineros que morían de amor por ellas; algunas veces, de tanto que se ensimismaba, no podía mover las piernas y hasta notaba el frío del agua en la cintura.

De mayor, se enamoró de uno y se fueron a vivir lejos. Pero este marinero no moría de amor por ella y no había pasado un año cuando la dejó sola, luchando la vida. Cuando perdió el trabajo, acabó también por perder la casa que llevaba pagando más de diez años. Por eso ha vuelto al pueblo, junto a su padre, que ya no tiene resuello para caminatas y tiene que dejarla ir sola aunque la sigue queriendo como cuando era niña.

Hasta que un día se topó con otro hombre y volvió a sentir sirenas, como culebrillas, nadando dentro del cuerpo. Ahora llevan juntos la vida, en una casita vieja con ventanas al aire y un huerto hasta el que llega con el rocío de la noche la sal del mar. Sigue cada mañana visitando a su padre, que se alegra de tenerla tan cerca y verla reír.

Algunas tardes, cuando ha acabado de recoger la casa, vuelve a este sitio, sola, para pensar. No puede evitar los recuerdos tristes que le amargan la boca, pero sabe que aquello ocurrió hace tiempo y que ahora solo tiene razones dulces y junto a ella un hombre que no anda en la mar pero la ama con el alma.

Lo que Cristina aún no sabe es que dentro de su cuerpo ya está empezando a formarse una sirenita que los llenará de alegría, y a la que cuando corree traerá hasta este lugar para que juegue y sueñe como ella lo hizo.



18. NACIMIENTO

En las últimas horas ha ocurrido algo nuevo, y tiene miedo. O no. O no sabe exactamente lo que tiene y lo que pasa, pero sí que nunca se ha sentido así antes.

De pronto, ha dejado de flotar; es su propio cuerpo el que le pesa. Le pesa y la oprime tanto, que no cree que vaya a soportarlo. Además, algo que desconoce y la rodea por todas partes la está empujando. No podrá seguir aquí, cuando creía que esto era así para siempre. Su cuerpo se deforma y se desliza por un canal oscuro casi negro por el que cree que no cabe. O sí. Algo parecido a un dolor insoportable y que el cuerpo donde habita su cuerpo esté tenso y temblando, la asustan. No sabe qué pero sí que algo le falta para seguir o para volver atrás y quedarse cómoda y tranquila como siempre. Pero eso que la rodea por todas partes sigue empujándola con una fuerza primitiva ante la que ella nada puede hacer, y se abandona.

Es entonces cuando una luz nueva atraviesa sus párpados cerrados y nota que también la temperatura cambia. ¿Frío? Tampoco lo sabe. Sigue creyendo que algo le falta cuando siente cómo de repente algo le entra por la boca y le ocupa el cuerpo abriendo caminos como una cuchilla por dentro. Es entonces cuando oye por primera vez el grito que sale de su garganta y el llanto que serán suyos para siempre.

Algo que nota tibio y húmedo le baña el cuerpo por fuera trayendo recuerdos. El dolor cede, aunque el aire que tanto daño le hizo sigue entrando una y otra vez, calentándole el cuerpo por dentro.

Sin saber cómo, su cuerpo se traslada por este espacio inmenso y nuevo que aún le pesa y queda tendida boca abajo sobre una superficie blanda y templada que le hace bien, desde donde vuelve a oír los latidos de un corazón que reconoce como a una antigua compañía. La invade un desconocido cansancio y nota cómo todo su cuerpo va tranquilizándose al calor de ese otro no tan desconocido sobre el que yace hasta quedarse dormida.

Cuando despierte, habrá olvidado esto y todo para siempre; aunque quedara una huella imborrable en una parte de la mente que aún no es del todo la suya oculta para ella.

Pronto sabrá lo guapa que es de tanto oírlo y que esto que recibe que tanto le gusta es amor.

Su madre dio a luz a Carolina el 6 de mayo de 2014 en el Hospital La Paz, Madrid, España.



19. EL PARQUE OSCURO

Recuerdo estos árboles cuando aún eran jóvenes y pequeños, ninguno llegaba a mi altura, pero ya me gustaba sentarme entre ellos cuando caía la noche.

Desde entonces, la ciudad ha ido rodeando el bosque, que ya ha dejado de serlo; ahora los caminos están cuidados, sin maleza; se han instalado bancos de madera aquí y allá; los árboles seleccionados han seguido creciendo, bien cuidados; y yo sigo viniendo aquí a menudo, a descansar.

En este banco, mi preferido, ante el que no pasa casi nadie, consigo hilvanar los recuerdos de mi larga vida. El mejor de ellos es la sonrisa de Isabel, la de aquellos labios rojos y jóvenes que me sabían a sangre. Fue el amor de mi vida. Nunca volví a amar de aquella manera. Por eso un día decidí desaparecer. Sin avisar, partí hacia Normandía, donde tardé más de un siglo en conseguir que su recuerdo no me doliera. Aún hoy me aparto de las mujeres que sonríen como ella lo hacía. Dejé de verla por su bien. Es la obligación, cuando se ama de verdad, más terrible y dolorosa que tenemos que cumplir, como una maldición, todos los vampiros.



20. TANGO

Florinda Martínez Mallo lo enamoró con solo mirarlo.

A él, tan despegado, huyendo tanto que no se quedaba más de dos días y una noche en el mismo lugar.

Esta vez se detuvo para seguir enamorándose.

Un loco amor que en su locura de lluvia le borró de la cabeza el peligro que corría, olvidándolo. No volvió, ni en el sueño, don Enrique Méndez Castro, que le había prometido matarlo, lleno de inquina y de venganza por aquella traición que no perdonaría.

Por eso se quedó junto a ella amándola, sintiéndola, queriéndola entera, desde los dedos delgados de sus pies pequeños al brillo rojo de su melena. Se quedó así, quieto, parado, prendado del aire de la boca de ella, y olvidadizo. Hasta el día en que la encontró tendida boca abajo en la cama, con un disparo en la cabeza, sobre la almohada de satén blanco empapado de la sangre que abundaba ahora su cabello como una llamarada.

Ya no tiene que huir a ninguna parte, ya están saldadas las cuentas. Solo ha de quedarse solo, doliéndose la vida.



21. CHISMES

Hipócritamente blancos,
solo a veces se amoratan ante el alma
escondida y en silencio de los otros.

Son constructores de chismes, voceadores
que cantan rumores como si contaran verdades
como lobos aturdidos que aúllan sin luna.

Chismosos que se fingen inmortales
aunque en el lento marchitarse de la rosa
esté la mentira que aún nos hace creer que perduramos.

Los que mueren del daño que provocan
olvidando que puedo convocar ventanas
en las paredes de mi cuarto
mientras duermo.

No te confundas,
no me ha destrozado una palabra.
Estoy dormida solamente
esperando que amanezca el día de los miserables
o que mueran.

Aun sabiendo que si no fuera
por el amoroso corazón de mujer que me late
no se cerrarían las fosas de esos muertos
porque igual que la abeja no besa la rosa que marchita
el que no gusta de escalar montañas
vive siempre enterrado en cobardía.



Manuel López Rey (1957-2021). In Memoriam